

VERANO

Cuando el que suscribe ya estaba en posesión del poco uso de razón que le concedió Dios y que hoy, afortunadamente, creo conservar, aún no se había inventado el turismo. Por lo tanto, hace bien poco tiempo, y no pretendo quitarme años, que la estación veraniega no se veía conmovida, en nuestra Patria, por la pacífica invasión de los turistas, que, en busca del sol y las playas, descendían desde el otro lado de los Pirineos para, mientras se bañan en nuestras templadas aguas marítimas, —templadas todas, excepto algunas que yo me sé— y toman el sol en las playas, comprobar, por sí mismos, el increíble “slogan” turístico-publicitario. “Spain is different”.

Sí; es posible que el movimiento turístico comenzase discretamente nada más terminada la penúltima —y que sea por muchos años— guerra mundial. A partir del año 1919, con su Baedeker, sus prismáticos, su gorra de visera, su cámara fotográfica en bandolera, su pipa y sus pantalones bombachos, los anglosajones de uno y otro lado del océano Atlántico, descubrieron el placer de viajar por viajar, para, a la vez que volvían a los lugares bélicos del viejo continente, conocer costumbres, monumentos y paisajes, inventando el turismo. Pero aquel era un turismo de minorías que ejerció poca influencia sobre la sociedad ni la economía de las naciones. Francia con su Costa Azul, pionera en la costumbre, hoy generalizada, de poner mote o apodo a las distintas zonas geográficas e Italia con sus recuerdos históricos y monumentos arquitectónicos, empezaron, como decíamos, en “los felices años veinte”, a explotar la gallina que, con el tiempo, iba a poner huevos de oro para todos los países que pueden ofrecer a sus visitantes, arte, paisaje y costumbres; en una palabra, folklore. Como España es un país eminentemente folklórico, dicho sea con todos los respetos y empleando en el mejor sentido esa maltratada palabra; y además tenemos sol y playas para dar y tomar; de ahí el fabuloso “boom” turístico que se ha desencadenado en nuestras latitudes y que hoy contemplamos, yo al menos, con la boca abierta. Porque el folklore, hay que unir la afición al baño marítimo y al tueste de nuestra piel a sus orillas, como motivo fundamental de atracción para el turista.

Pero de poco puede servir el ofrecimiento de cualquier cosa, si el comprador carece de medios para su adquisición o no le apetece el producto ofertado. En este sentido, hay que reconocer que nuestros productos turísticos se han visto favorecidos por distintas circunstancias que, unidas, han sido la causa de su general aceptación. Vamos a enumerarlas. El automóvil propio, llamado, curiosamente, turismo, que aunque se utiliza también como elemento de trabajo, durante las vacaciones hace honor a su nombre genérico; el aumento del nivel de ingresos de los europeos, que les permite, después de cubiertas sus necesidades vitales, extraer una cantidad para las vacaciones; el paso en Europa a la sociedad procomunista, con sus características propias y el comienzo del bendito ocio; y, en fin, la manía, que antes mencionamos, que no lleva, por ahora, trazas de extinguirse, de exponer, cuando la temperatura lo permite, la mayor parte posible de nuestra piel, a la acción de los rayos solares en las proximidades de las orillas del mar. Después de dejar apuntado que, en realidad, muchos europeos de los que aquí vienen, en vez de gastar, ahorran y antes de ocuparme del Verano actual y de sus impactos de orden urbanístico, arquitectónico y paisajista que son los que nos preocupan; de lo que podríamos llamar, siguiendo una terminología al uso, “España, Verano-70”; voy a permitirme una divagación histórico-costumbrista sobre el veraneo marítimo de los madrileños.

Paralelamente a la iniciación del movimiento turístico en Europa, se produjo, dentro de nuestras fronteras, otro interno semejante al anterior y que conocemos con el nombre de veraneo. La Familia Real, con sus estancias estivales en San Sebastián y Santander, inició el camino y

marcó la pauta, que fue seguida con entusiasmo, por nuestros antepasados.

Del mismo modo que, en el aspecto futbolístico, los madrileños se dividen en atléticos y madridistas, en el que marca sus preferencias veraniegas los hacen en norteños y mediterráneos, también eternos rivales. Los que prefieren el mar Cantábrico, se dice que les gusta más el Norte. “Yo veraneo en el Norte”. Los que, en cambio, son partidarios del Mediterráneo, se les conoce con el nombre de este mar. “Yo veraneo en el Mediterráneo”. Al iniciarse la costumbre del veraneo, ya se marcaron los dos bandos: el primero capitaneado por San Sebastián y el segundo por Alicante, ciudades que, para mayor atracción de forasteros, buscaron un apodo llamativo: “La perla del Cantábrico” y “La millor terra del món”. San Sebastián, con Zarauz y Deva como añadidos; Alicante, prácticamente solo. El veraneo del Norte, para la clase alta, con su larga duración de tres meses. El alicantismo de un mes, para la clase media baja, con desplazamiento en el “tren botijo”, llamado así por el gran número de ellos que llevaban los viajeros entre el equipaje, para defenderse de los calores manchegos durante el viaje diurno. Más adelante y antes del desarrollo total, geográfico y social del veraneo de hoy, descubrieron los madrileños las playas de Santander, Asturias y Galicia, en el Norte; y las de Castellón y Valencia en el Mediterráneo. Andalucía quedó para después.

¿Cuál es la situación actual? No nos hace falta recurrir a estadísticas para afirmar que, afortunadamente, veranean y gozan de un merecido descanso estival la casi totalidad de la población activa madrileña con sus familias, que se desparraman por todas las costas del litoral español. Desde Fuerteventura hasta La Guardia y desde Port Lligat a Punta Umbría. Por cierto; es un inciso. A los veraneantes de las playas atlánticas de Cádiz y Huelva, no sé como clasificarlos si como norteños o como mediterráneos, ya que, por un lado, están en el Atlántico y, por otro, al Sur. Bien pensado se puede hacer un grupo nuevo con ellos y con los del archipiélago canario, englobando a las Islas Baleares en el grupo mediterráneo. Voy a aprovechar para decir que, muchas veces, al hablar de nuestro país, nos limitamos a la península, a mí ya me estaba ocurriendo, dejándonos en el tintero a nuestras provincias insulares. Yo, como he tenido la suerte de bañarme en Formentor, en los Cristianos y el Medano y en las Canteras y Maspalomas, dedico un caluroso saludo a nuestras tres provincias insulares, antes de seguir con el veraneo peninsular, al que pienso ceñirme de ahora en adelante.

Pero quiero dejar constancia de que, en un artículo próximo, voy a tratar, con todo el detalle que su importancia merece, las costas de nuestras islas Baleares y Canarias que se llevan la palma en el desarrollo turístico español.

Los nuevos veraneantes, de todas las clases sociales, han tomado partido por uno de los dos bandos tradicionales, que subsisten manteniendo la misma enconada rivalidad de siempre. Para “fichar” por uno de ellos, antes deben conocer las ventajas del propio y los inconvenientes del rival, que los adictos proselitistas, que nunca faltan, les dicen por derecha e izquierda. Empecemos por las segundas, verdaderas leyendas negras. Para el Norte: todo el verano se lo pasa lloviendo; en San Sebastián, la vida está muy cara y —esto era hace años, se comprende— hay que salir vestido a la calle con zapatos y corbata; etc. Para el Mediterráneo: hace un calor insostenible, hay mucho polvo y muchas moscas y mosquitos, se come muy mal, etc. Las ventajas pueden ser las siguientes: para el Mediterráneo: hace una temperatura tan agradable y el agua del mar está tan templada, que podemos bañarnos a medianoche; la comida es barata; a la orilla del mar “siempre corre algo de brisa”, etc. Para el Norte: por la tarde, pueden darse grandes paseos, sin sudar, antes de hacer una merienda-cena; el agua del mar está “fresquita”, cuando llueve lo hace casi siempre por la noche mientras se

duerme, con lo que no se pierde ningún baño, etc. Todas estas cosas que se le dicen al novicio que va a iniciarse en el arte del veraneo marítimo, son, en realidad, verdades a medias, que, al fin, le hacen decidirse por uno de los dos bandos. Ahora viene, a mi juicio, lo malo y peligroso. Una vez ingresado en uno de ellos, bien sea el Norte o el Mediterráneo, realiza su primer veraneo, disfruta de todas sus ventajas y pasa por alto los inconvenientes, se hace incondicional partidario, hincha o "fan" y no quiere saber nada del veraneo de sus "eternos rivales". Quiero decir, aunque ahora se inicia un mayor conocimiento e intercambio, que es fácil encontrar personas, de pongamos cincuenta años, que jamás han veraneado en "campo adverso". Por mi parte, allá lejos. Estas personas suelen mirar, con marcado aire compasivo, al veraneante rival, como dando a entender, que no comprenden como un amigo, aparentemente inteligente, puede veranear en Deva (Guipúzcoa) o Javea (Alicante), según los casos. Esto, que es muy cierto, es, a mi juicio, absolutamente lamentable.

Yo, me confieso neutral, en fútbol ya saben los amigos mis preferencias colchoneras, dedicándome, desde que veraneo de manera independiente, antes iba adonde me llevaban mis padres, a disfrutar de las ventajas veraniegas de las distintas geografías de España, procurando pasar por alto sus inconvenientes, cosas ambas de las que pueden apuntarse tantos en todas partes.

Por ejemplo, soy incapaz de clasificar de mejor o peor y los considero como en ciclismo "ex-aequo" en el primer puesto, los siguientes baños: después de controlar algo el balón para entrar en calor, o jugando a paleta aprovechando la arena dura de la marea baja, entrar en el Cantábrico

en Zarauz (Guipúzcoa), para pendiente siempre de la bandera roja que nos indica el peligro y sin separar los pies del suelo, aguantar el tipo a las fortísimas olas que rompen, rítmicamente, contra nuestro cuerpo; o este otro: una vez leído el periódico, debajo de un toldo o una sombrilla, para no coger demasiado sol y sudar, entrar en el Mediterráneo en Benicasim (Castellón) y nadar hasta hartarnos por las quietas y templadas aguas del Mare Nostrum. Son dos baños tan distintos y estupendos que no tienen comparación posible. Como no se pueden comparar los baños en la playa de Mogor, en Marín (Pontevedra); o en la de Gandía (Valencia) y ambos son edificantes y recomendables. Digo todo esto, para que si algún recalcitrante de alguno de los bandos mencionados me lee, se decida, pruebe y cambie un año el Sardinero, por Benidorm; o Salou, por Sanjenjo.

Tampoco se pueden separar y ordenar de mejor a peor, las delicias gastronómicas de nuestras costas. Ahí van unos cuantos platos de los que tienen bien merecida la fama que gozan: zarzuela de pescado de casa Gatell, Cambrils (Tarragona), merluza rellena de Casa Ignacio, Fuenterrabía (Guipúzcoa); arroz a la marinera en El Saler (Valencia); Salmón de Casa Castaño, en Puenteceures, (Pontevedra); chopitos en Antonio Martín, Málaga; langosta de la Fonda la Colasa, Comillas (Santander); no acabaríamos nunca, así es que mejor es dejarlo...

"Volvamos a la mar", como es natural con música de D. Emilio Arrieta, aceptando la sugerencia del viejo lobo de mar llamado Roque, para plantearnos la siguiente pregunta: ¿tenemos idea del orden de magnitud de la longitud de nuestras costas? Todos los días se aprende algo nuevo aunque, a veces, tras ímprobos trabajos. Si mis investigaciones no fallan y son, como ahora suele decirse, correctos los resultados, las



costas peninsulares españolas tienen una longitud total de 1.698 millas, equivalentes a 3.038'31 kms. y se dividen en Litoral Mediterráneo, 898 millas, 1.630'63 kms. Estrecho de Gibraltar, 55 millas, 99'87 kms; Litoral Atlántico: Meridional 104 millas, 188'84 kms. Norte 225 millas, 448'56 kms. y Litoral Cantábrico 416 millas, 755'39 kms. Ahora sabemos que se disponen, en números redondos, de tres kilómetros de línea corta para el asentamiento de nuestros visitantes foráneos y veraneantes indígenas. Pero no nos vale toda la longitud mencionada, porque parte de ella está formada por acantilados inaccesibles o lugares no aptos para los baños marítimos o de sol.

En el Mediterráneo, desde luego, la mayor parte del litoral es utilizable. En la provincia de Alicante, por ejemplo, desde las calas del Cabo Roig, hasta las amplias playas de Denia y Ondara, todo nos vale. En el Cantábrico, varía la cosa y en Guipúzcoa, otra vez por ejemplo; las playas se cuentan con los dedos de nuestras manos y aún nos sobraría alguno. Resulta por lo tanto aventurado intentar deducir, para conocerla, la longitud total de nuestras playas; cosa que, por otro lado, se sabría perfectamente, por quien corresponda, aunque yo desconozca el dato.

Nos quedamos pues, en que tenemos muchas playas y que éstas se agrupan en Costas, bautizadas con nombres más o menos atrayentes para la atracción de forasteros. El ejemplo de la Costa Azul francesa hizo escuela y ésta es nuestra situación al respecto. En el Mediterráneo tenemos de Norte a Sur las siguientes: Costa Brava, Dorada, del Azahar, de los Naranjos, Blanca, de Cristal, del Sol. En el Cantábrico de Este a Oeste: Costa Vasca, Verde, Esmeralda y Nova. Y en Atlántico Rías Altas, Rías Bajas, en el Norte; y la Costa de la Luz en el Sur. Como vemos todo está ya renombrado con la nueva toponimia, de cuya completa exactitud no respondo, pues aún no me la sé excesivamente bien. Con esto quiero

decir que, para mí no hay dificultad alguna en situar sobre nuestra periferia marítima, Altea, Estarrit, Almuñecar, Lequeitio o Cudillero; mientras que, a veces, me armo unos lios tremendos, con la luz, el cristal, los naranjos, el azahar, el verde y el esmeralda.

Para poder ofrecer, a propios y extraños, el mayor número posible de "puestos de baño", interesará la conservación al máximo de nuestros recursos playeros en las mejores condiciones, procurando no perder ni un palmo cuadrado de arena, sino al contrario si es posible, ampliándolas... Las carreteras nuevas que se tracen y construyan para llegar a las playas hoy inaccesibles, deberán discurrir a una distancia prudencial de la arena y no al borde, o a su costa, como suele hacerse. Es una barbaridad que no acierto a comprender, el construir aparcamientos para los automóviles de los bañistas, restando superficie a la playa. Esta advertencia que a algunos puede parecerles obvia, tiene clara vigencia, ya que en este mismo año 1970 he visto realizada tal monstruosidad en lugar levantino que me callo, en una playa, para mayor escarnio, de poco fondo. Y me digo yo: si los bañistas han venido desde tan lejos, algunos desde Suecia nada menos, quizás no les importe dejar su automóvil cincuenta metros más atrás, en aquel terreno baldío, en vez de hacerlo en la vertical del nuevo límite de la arena, de la disminuída playa. Claro que atrás no se le podría cobrar el ticket municipal del clásico "Aparcamiento vigilado". ¿Veremos algún día "zona azul" en las orillas del Mare Nostrum? Cosas más difíciles, aparentemente, ya se han visto.

Sí, conviene la conservación a ultranza de nuestras playas y una vez conseguida, convendrá dotarlas de los servicios necesarios para su disfrute masivo, conservando además de la arena, los ambientes naturales y paisajistas. Esto último, debe ser muy difícil, parece que imposible y no se considera en casi ningún caso.



Resulta evidente la falta de medios de todo tipo, técnicos, económicos y administrativos, conque han contado los Municipios españoles afectados, para poder aguantar y organizar, con mediana eficacia, el chaparrón turístico que, de improvisto, se les vino encima. Pueblos de una economía muy modesta y nivel de vida bajo, se han visto, de la noche a la mañana, metidos en la danza. No hace falta citar ejemplos pues todos los conocemos. En unas partes las cosas han resultado mejor que en otras, pero casi siempre ha sido la actuación personal, unas veces acertada y otras no, la tradicional improvisación hispana, "la furia española" balompédica, la que ha actuado intentando canalizar y ordenar.

Como es natural, la mayoría de los Ayuntamientos carecían de Plan General de Ordenación Urbana de su término municipal, así es que no existía una normativa legal a que acogerse para la concesión de licencias de construcción de nueva planta. Bien es cierto también y sería ingenuo ignorarlo que, si alguno lo tenía, cualquier pretexto era bueno para incumplirlo. Los intereses turísticos, los de la población, los de las empresas de la construcción, los jornales que quedaban en el pueblo, el hacer una torre más alta que en el pueblo vecino, todo ha valido para incumplir los Planes Generales. Y es que resulta que el destino glorioso de dichos instrumentos urbanísticos en nuestra Patria, es que no se cumplen. Hablando en términos generales es así. Pensando seriamente y observando en qué ha quedado el Plan General de Ordenación Urbana de Madrid del año 1944 y lo que está quedando del Plan del año 1961, ¿cómo podemos extrañarnos que los de nuestros pueblos marítimos costeros hayan sido papel mojado? ¿No están sus términos municipales bañados por el mar?

Naturalmente, nadie se ha preocupado de reservar terrenos para la construcción de los indispensables servicios sociales que deben acompañar a las zonas de residencia, aunque no sea permanente como es el caso. Así no aparecen por ningún lado, las iglesias, los mercados, los parques y jardines, las clínicas, las salas de espectáculos. Los nuevos barrios se componen exclusivamente de apartamentos y comercios de primera necesidad, junto con los bares, restaurantes y los "clubs" y discotecas en confusa y desordenada mezcla.

La llamada "primera línea", que significa construcción al borde del mar sin posibilidad de que al propietario de un apartamento o vivienda le cierren las vistas desde su estar sobre el proceloso océano, ha ocasionado verdaderos estragos. El bloque perpendicular a la línea de contacto del mar con la arena, lograba continuar, en profundidad, la primera línea a que nos referimos antes. En algunos casos, las construcciones se hicieron tan cerca de la arena, que se impedía el paso por delante. Hoy se construyen, mediante obras costeras y ganando el terreno al mar, paseos marítimos obteniéndose nuevos terrenos, con destino a crear parques y jardines. Por lo tanto, el porvenir de algunos edificios de primera línea se nos proyectan sobre los planos de Urbanismo, llegan a ser una venturosa realidad por nuestros pagos.

Pero mientras los turistas sigan viniendo en busca de nuestro sol y las naciones sigamos veraneando, preferentemente a la orilla del mar, la demanda de alojamientos playeros irá en aumento y las construcciones, si alguien no lo remedia, seguirán apareciendo donde menos las esperemos y nos parezcan más inoportunas.

El orgullo humano, que no conoce límites, también actúa algunas veces, a la hora de justificar una nueva construcción, en un lugar inadecuado. En el Norte, es aquel acantilado, tenebroso y feo el que conviene ocultar con una edificación bella como salida de la originalidad humana; en el Mediterráneo, debemos cegar a la vista a los extraños aquellas dunas africanas, empleando ésta palabra en sentido peyorativo, con unos "bungalows" multicolores. Los periódicos, hoy llamados medios de comunicación social impresos, alaban la belleza de las futuras edificaciones, mientras arremeten contra la Naturaleza, a la que menosprecian. El sencillo hombre de la calle, acaba creyendo que, en efecto, aquel paisaje que él admiró desde su niñez, conviene ocultarlo y que los turistas, a lo que van allí, además de a bañarse, es a extasiarse con la originalidad de las nuevas construcciones. Entonces comprende y aplaude el hecho de que, por ejemplo, las cubiertas de los nuevos edificios sean horizontales, en vez de inclinadas, como se hacían siempre en su pueblo; o al contrario. Que si el caserío siempre fue blanco, ahora sea polícromo. Todo lo comprende y acepta, extasiado, ante el progreso y desarrollo de su patria chica.

Convendría, estimo modestamente, un tanto de reposo y meditación antes de continuar con el actual "modus operandi". Los pueblos costeros españoles merecen la ayuda y el respeto por parte de los Arquitectos, constructoras, inversionistas y de todos aquellos que, de una forma u otra, intervienen en su desarrollo urbanístico. Corremos el peligro de convertir a nuestro litoral en una interminable y monótona calle de una sola acera. Resulta penoso ver cómo en pleno año 1970, en algunos lugares, se disponen a construir alegremente un edificio de altura, naturalmente sobre lo que podría ser su "Roca de Piquio". No creo que lo anterior necesite explicación, pero por si acaso, diremos que este último verano, al ver algunas construcciones en estructura, pensábamos en lo diferente que sería la bella capital cántabra, si en vez de los jardines actuales que hermosean la llegada a la playa del Sardinero, nos encontrásemos, en cambio, con una torre de doce pisos, todo lo moderna, atrevida y funcional que se quiera.

Fotos: GOMEZ

